

grafía fueron conformando en los años sesenta implicaba necesariamente, aunque no siempre de modo explícito, el cuestionamiento de un buen número de los estereotipos tradicionales de la cubanidad. Si, como explicó Ambrosio Fornet en uno de los ensayos medulares de la década, la revolución del 30 había vuelto «superficiales y precarias» las definiciones positivistas del cubano, produciendo, entre los intelectuales incapaces de explicar la realidad en términos de clases, nuevas indagaciones influidas por el raciovitalismo orteguiano, la de 1959, triunfante a diferencia de aquella, ¿no venía a manifestar a su vez la obsolescencia de estas otras nociones sobre el carácter cubano?

La identidad entre el propósito desarrollista de la Revolución y su impronta iluminista que subyace a este canon revolucionario fue señalada claramente por Sartre en su ensayo de *Lunes*: para acabar con el retrógrado sistema económico que condenaba a la Isla al monocultivo y la escasa industrialización era preciso destruir los mitos que, desde su imposición por los norteamericanos en 1898, habían contribuido a perpetuarlo. La toma de conciencia de la naturaleza mitológica (o ideológica) de aquellos discursos tradicionales estaba, pues, tanto en el principio como en el final de la Revolución: era su condición tanto como su consecuencia. Mientras la ideología colonialista atribuía a la naturaleza el subdesarrollo de Cuba, «durante el curso de su degradación inflexible, los cubanos habían comprendido que la Historia hace a los hombres. Faltaba demostrarles que los hombres hacen a la historia. Había que arrancar al destino, ese espantajo plantado por los ricos en los campos de caña.»

Cuando en su reportaje *Huracán sobre el azúcar* Sartre representó a la revolución que había llevado a cabo esa tarea con imágenes de fuerzas naturales como la del «rayo sobre los campos» y la del «huracán sobre el azúcar», el filósofo caía, indudablemente, en una ingente contradicción. ¿no convertía así la historia en naturaleza, la libertad en determinación, traicionando el principio reafirmado cuando en su conversatorio con intelectuales cubanos definió la libertad como la «irreductibilidad de las formas superiores a las formas inferiores», no del hombre a la materia, sino de la acción y la praxis a «las condiciones que la han producido»? Inconscientemente, desde la retórica propagandística de su crónica Sartre volvía a plantar, ahora en terreno revolucionario, aquel destino arrancado de los cañaverales por la revolución triunfante.

Otra contradicción fundamental se aprecia fácilmente en *Huracán sobre el azúcar*. Por un lado Sartre señala que «Si los Estados Unidos no existieran, quizá la revolución cubana los inventaría: son ellos los que le conservan su frescura y su originalidad», mientras por otro afirma que «los compañeros de Castro tienen como tarea principal adelantar el momento en que ese ejército civil, militarizado contra el ejército militar y para vencerlo, podrá proceder a su propia liquidación.» ¿No es lógico que lejos de propiciar el fin del nuevo ejército la amenaza de la agresión exterior propicia el fortalecimiento del militarismo? ¿que la eliminación del represivo ejército regular por el pueblo armado conduciría no a la liquidación del ejército de nuevo tipo sino, por el contrario, a la extinción de la sociedad civil y la militarización de la vida?

Mucho más consciente de esos peligros se mostró Sartre en «Ideología y revolución», quizás porque, a diferencia de *Huracán sobre el azúcar*, este escrito estaba dirigido a los lectores cubanos. Aquí el filósofo contempla la posibilidad de que la radicalización del régimen, catalizada por la creciente hostilidad del gobierno norteamericano, condujera al comunismo, aunque pone énfasis en que entonces no era esa en modo alguno la tendencia de la revolución. «La socialización radical —escribió— sería hoy un objetivo abstracto, y no se podría desecharla más que en nombre de una ideología prefabricada, puesto que las necesidades objetivas no la exigen por el momento. Si algún día fuese necesario recurrir a ella, se hará primero, por ejemplo, para resistir al bloqueo y a título de economía de guerra. Pero, de todas formas, el fenómeno aparecerá con la doble característica que encontramos en todas las medidas adoptadas por el gobierno revolucionario: será una reacción, un contragolpe, y si fuera preciso mantenerla, será la expresión del sentido auténtico de la Revolución Cubana y el término de su auto-radicalización.»

Carlos Franqui y el propio Sartre han señalado que al advertir éste enseguida que el proceso revolucionario desembocaría en el socialismo, el propio Fidel Castro le pidió que en sus reportajes y entrevistas no mencionara la palabra pues, debido a los prejuicios anticomunistas tan extendidos en Occidente, ello podría perjudicar a la Revolución en un momento en que se precisaba una máxima solidaridad internacional. El hecho es que, aunque Sartre no dejó de manifestar su conciencia de que el dinamismo original de la Revolución, aquello que tanto la distanciaba del «socialismo de Estado» de los países del este de

Europa, no podía durar demasiado tiempo, en su crónica insistió en lo inadecuado de «llamar comunista a un gobierno que no tiene opinión sobre el régimen de la propiedad».

A la autoridad de Sartre apelaron entonces quienes en el debate de la hora sostenían una posición intermedia entre el reaccionario anticomunismo del *Diario de la Marina* y el marxismo dogmático de los viejos comunistas del Partido Socialista Popular. «¿No acaba de afirmar Jean-Paul Sartre que se trata de una revolución original? —pregunta desde *Bohemia* Andrés Valdespino, quien rechaza la alternativa del capitalismo y el socialismo a favor de una «tercera vía» que armonizara la «justicia social» y el «respeto a la dignidad humana»— ¿No significa eso que no es posible encasillarla ni en las revoluciones de tipo liberal-burgués ni en las de tipo comunista?» Pero el curso arrollador de la Revolución barrería muy pronto con los moderados de *Bohemia*, como es también el caso de Jorge Mañach, quien aún era, por cierto, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Habana cuando Sartre ofreció allí un interesante conversatorio ampliamente reseñado en *Revolución*. No deja de ser significativo, por cierto, que Mañach, quien hizo entonces la presentación de Sartre, no publicara nada sobre él a raíz de su visita; silencio que resulta harto elocuente si tenemos en cuenta que solo algunas semanas atrás había publicado a raíz de la muerte de Albert Camus un artículo donde elogiaba su independencia crítica de las ideologías totalitarias. Y que cuando en el periódico *Hoy* un joven intelectual respondió a ello criticando su anticomunismo, el célebre ensayista replicó insistiendo enérgicamente en «la falencia del *tertium non datur*, el dilematismo de nuestro tiempo.»

Pero pronto *Bohemia* y el *Diario de la Marina*, las dos publicaciones donde Mañach colabora, quedarán fuera del juego. La revista es nacionalizada; el periódico, cerrado y simbólicamente enterrado por los estudiantes de la Universidad de la Habana. La controversia entre *Revolución*, órgano del 26 de julio, y el sesquicentenario *Diario*, que se reflejó desde luego a raíz de la visita de Sartre, tachado en éste de herético y ateo y en aquel elogiado como *maître à penser*, se cerraba con el triunfo de uno de los bandos mientras cobraba fuerza otro debate en el seno mismo de la izquierda: el dilema queda planteado entre los comunistas ortodoxos de *Hoy* y los antiestalinistas de *Revolución*. El cotejo de las coberturas de la visita de Sartre por esos dos diarios y sus respectivos suplementos culturales refleja no sólo importantes

diferencias en la apreciación de su figura sino sobre todo la disputa entre ambas tendencias que habría de extenderse hasta el cierre de *Lunes de Revolución* a raíz del caso de *PM* en 1961, y, en cierto modo, hasta el triunfo definitivo del dogmatismo una década después.

Entonces el nombre de Sartre, muy presente en los debates estéticos y políticos acogidos por los medios cubanos durante la década del 60, desapareció de ellos casi del todo. Por dos décadas el filósofo del compromiso no fue publicado en la Isla ni incluida su obra en los programas de estudio de las universidades. Y resulta que ahora, cuando en medio de la crisis del dogmatismo marxista sobrevenida a raíz del desplome del campo socialista la política cultural del estado se encuentra en franca etapa recuperadora, Sartre es celebrado en Cuba a propósito de su centenario. Se recuerda su visita de 1960 y sus elogios a la Revolución, sin mencionar su ruptura de 1971, o bien se la atribuye ya a una manipulación por parte de Franqui, ya a una lamentable incompreensión del filósofo. Aunque el marxismo no sea más «l'indepassable philosophie de notre temps», frente a esos falaces intentos de la burocracia cultural cubana es justo oponer entonces el fantasma de Sartre, como una de las figuras de esos «espectros de Marx» que según Derrida han sobrevivido a la caída del muro de Berlín. En Cuba, donde el muro esforzadamente sobrevive, ese fantasma del filósofo seducido y decepcionado habita la memoria de una utopía que corrió la suerte del siglo.